

La razón frente al hecho cristiano

Don Luigi Giussani, *El desafío de la fe cristiana, Capítulo IV, La importancia del método*

Un requisito de método

Antes de entrar en la trama viva del relato, es oportuno recordar lo que ya expusimos en otra ocasión¹ respecto a la importancia de la postura del sujeto en el método para encarar el conocimiento de un objeto. Cómo situarse ante el testimonio de un encuentro tan excepcional constituye, en efecto, un problema que pone en juego de forma muy significativa la adecuación o no de toda una actitud intelectual. «Recordemos que el método no es otra cosa que la descripción del camino razonable en la relación con el objeto. El método recoge los motivos adecuados con que dar los pasos en el conocimiento del objeto»².

Ya hemos visto, además, que el objeto no consiste en una lista de proposiciones ni en la plausibilidad de una crónica, sino en la veracidad del testimonio referente a una persona viviente que pretendió ser el destino del mundo, el misterio que ha entrado a formar parte de la historia. Hay que tener presente, por tanto, el carácter único de semejante pretensión.

a) Sintonía con el objeto en el tiempo

Nos remitimos aquí a la primera de las observaciones que hicimos en el primer volumen de este curso referentes a la obtención de la certeza existencial: «Yo seré más capaz de tener certeza en relación a ti cuanto más atento esté a tu vida, es decir, cuanto más comparta tu vida... Por ejemplo, en el Evangelio, ¿quién pudo entender que había que tener confianza en aquel hombre? No la masa de gente que iba buscando la curación, sino quien le siguió y compartió su vida»³.

Es decir, la necesaria sintonía con el objeto que se quiere llegar a conocer es una disposición viva que se construye con el tiempo, en la convivencia.

«Para ver que cada aspecto concreto cobra pleno sentido a partir de una totalidad que lo trasciende, se requiere el arte de la visión global... El arqueólogo puede reconstruir una estatua a partir de un brazo; el paleontólogo, partiendo de un diente, es capaz de formarse una imagen cabal del animal al que perteneció. El teórico de la música de la música podría quizá, a partir del motivo de una fuga, llegar a saber si forma parte de una doble o triple fuga y qué estructura rítmica debe tener aproximadamente el segundo y el tercer tema. Que este ritmo, en la fuga clásica, sigue la ley de la oposición, es decir, un movimiento lento y sosegado en el primer tema, un desarrollo rápido y vivaz en el segundo, con martilleo rítmico en el tercero, es algo bien sabido para todo conocedor de Bach, y éste comprende inmediatamente que la estructura de los diferentes temas está en función de la arquitectura del conjunto. Lo mismo ocurre en el evangelio»⁴.

Y la aplicación es inmediata:

«Que la medida que Cristo representa y personifica es cualitativamente diferente de cualquier otra, es algo que no necesita demostración, pues es claramente perceptible en el fenómeno mismo. Ciertamente, para percibirlo se necesita una «capacidad para ver lo cualitativo», análoga a la del experto que distingue infaliblemente el arte de la chabacanería, la calidad mediocre de la buena y de la excelente»⁵

Como se deduce de los ejemplos citados, ese «arte de la visión global de la totalidad» y «capacidad para ver lo cualitativo» sólo se pueden obtener, siguiendo con la analogía artística, escuchando mucha música, viendo muchos cuadros, o, pasando a la analogía científica, econstruyendo

¹ Cfr. L. Giussani, *op. cit.*, pp. 25-36

² Cfr. L. Giussani, *op. cit.*, p. 31.

³ Cfr. L. Giussani, *op. cit.*, p. 34

⁴ Hans Urs von Balthasar, *op. cit.*, pp. 457 s.

⁵ Hans Urs von Balthasar, *op. cit.*, p. 431.

muchas estatuas o muchos animales fósiles. Lo que confirma la condición de la «convivencia» -es decir, el «tiempo dedicado»- a fin de obtener esa prerrogativa cualitativa que produce certeza. Insistiendo en la comparación estética, tenemos que reconocer además que esa prerrogativa cualitativa es lo único que puede producir certeza. Nos lo subraya de nuevo el teólogo de Basilea que acabamos de citar cuando quiere acabar con «el supuesto de que sólo la visión histórico-crítica no prevenida por la fe, es capaz de ver realmente lo que en realidad aconteció en Palestina. Una reflexión sobre los supuestos generalmente admitidos por la ciencia de las obras artísticas y espirituales habría debido convencer a los teólogos de la ingenuidad de tal hipótesis metodológica, por más que sólo exista una analogía entre ambos campos. Una obra de arte, por ejemplo, sólo se puede comprender objetivamente dentro de cierta subjetividad sintonizada con la obra... Generalizando todavía más, los colores, los sonidos, los olores sólo se dan en los órganos de los sentidos que los acogen, y como este abigarrado mundo en su totalidad sólo surge en los seres vivos y en los espíritus, se puede decir que sólo puede desplegarse y representar su objetividad por la mediación de los sujetos»⁶

Esta sintonía, que evidentemente consiste en un encuentro del sujeto con la realidad⁷, exige sin embargo el tiempo y el trabajo del sujeto que quiera obtenerla, además de una posición de partida que no la impida a priori. «Sintonía» o «Afinación» («*Stimmung*») es concepto aplicable también a la esfera anímica. Se puede o no estar «disposición» (afinado, en la sintonía precisa, *ndr*) en la «disposición adecuada» a un acontecimiento»⁸.

b) La comprensión de los indicios, camino de la certeza

Volvamos ahora a la segunda de las observaciones que hacíamos al hablar del método de conocimiento que conduce a la certeza existencial.

«Cuanta más potencia se tiene como hombre, más capaz se es de llegar a certezas sobre el otro partiendo de pocos indicios..., más capaz se es de fiarse, porque se intuyen los motivos adecuados para creer en el otro... Esto puede ser irrazonable si no hay motivos adecuados; y razonable si los hay... Si lo único razonable residiera en la evidencia inmediata o demostrada personalmente... el hombre no podría progresar en su camino, porque cada uno tendría que rehacer todos los procesos desde el principio»⁹

Lo reafirma un hermoso texto de Rousselot:

«...En el conocimiento natural, cuanto más ágil y penetrante es la inteligencia más le basta un leve indicio para inducir con certeza una conclusión... Por eso una tradición irrefutable que se remonta al Evangelio mismo alaba a aquellos que no necesitan prodigios para creer. En absoluto se les alaba por haber creído sin razones; esto sería deplorable. Por el contrario, se ve en ellos almas realmente iluminadas y capaces de captar una gran verdad a través de un mínimo indicio»¹⁰.

Aunque el hombre dispone naturalmente de ella a un nivel fundamental para sobrevivir, esta capacidad de comprensión del mínimo indicio también necesita tiempo y espacio para evolucionar. Es un don que puede debilitarse, de igual modo que el hombre moderno ha visto cómo se le iba debilitando el olfato muy desarrollado, en cambio, en sus antepasados prehistóricos.

Y éste es un don que la «pretensión de Jesús» exige para poder ser comprendida. «*Es la inteligencia lo que Jesús constantemente invoca*. Y la apremia. El reproche constante en su boca es: ¿No entendéis, no tenéis inteligencia? ¿Aún no creéis?, añade. La fe a la que insta nada tiene que ver con la credulidad. Esa fe es precisamente el acceso de la inteligencia a una verdad, el reconocimiento de esta verdad, el sí de la inteligencia convencida y no una renuncia a la inteligencia... Creer en los Evangelios es este descubrimiento, esta comprensión de la verdad que se propone. Al muchacho a quien se le enseña a nadar se le explica que en virtud de las leyes naturales no debe tener miedo, que nadará con sólo realizar algunos movimientos muy sencillos. El muchacho tiene miedo, se pone rígido y no cree. Llega el momento en que experimenta que lo que se le ha dicho es posible: cree, nada... No se dirá que la fe, en este caso, se opone a la razón... »¹¹.

El muchacho que aprende a nadar debe saber recordar, en el preciso instante en que le es necesario, que tiene razones válidas para fiarse de su instructor. Puede sucederle instintivamente, pero

⁶ Hans Urs von Balthasar, *op. cit.*, pp. 477 s.

⁷ L. Giussani, *op. cit.*, pp. 34 s.

⁸ Hans Urs von Balthasar, *op. cit.*, pp. 421

⁹ L. Giussani, *op. cit.*, pp. 34 s.

¹⁰ Pierre Rousselot, *Gli occhi della fede*, Jaca Book, Milán, 1977, p. 57.

¹¹ Claude Tresmontant, *L'intelligenza di fronte a Dio*, Jaca Book, Milán, 1981, pp. 98 s.

también puede no estar entrenado para hacerlo. Hoy la inteligencia del hombre no está suficientemente entrenada para una serie de operaciones vitales a causa de estratos y estratos de prejuicios que la han dejado como anquilosada.

«Desde hace bastantes siglos, sufrimos en Occidente las consecuencias de una tradición que pretende basar el conocimiento de Dios en la devaluación de la razón, en una frustración de la exigencia de la racionalidad e inteligibilidad... Lo que el Maestro del Nuevo Testamento nos pide no es “humillar” nuestra razón, sino abrirla, y entender»¹².

Una inteligencia que reconoce los indicios a fin de hallar la certeza existencial sobre algo fundamental para su existencia, es una inteligencia mucho más abierta que la que niega a priori el poderlo hacer.

«En una cinta magnetofónica corta no se puede grabar entera una sinfonía. Naturalmente, la imagen de Cristo no se deja abarcar de una ojeada, como un cuadro cualquiera...». «...Si él es el “Único”, ninguna medida genérica y externa lo medirá, y sólo podrá medirse por sí mismo»¹³.

Hay que ejercitar la inteligencia para captar el carácter único de una medida nueva.

¹² C. Tresmontant, *op. cit.*, p. 99.

¹³ Hans Urs von Balthasar. *op. cit.*, pp. 457, 420.